

UNA CRÍTICA "INADMISIBLE"

He leído con curiosidad en el *Anuario de Letras* (vol. XV, 1977, pp. 384-391) una reseña sobre mi libro *Las dos Soledades de Antonio Machado* (Budapest, Akadémiai Kiadó, 1975, 1977). La he leído con creciente curiosidad, no solamente porque en ella se hayan dignado mal-tratarme, sino principalmente porque se trata de un documento muy ilustrativo de una práctica crítica arbitraria de aparente rigor metodológico y de presumida modernidad de principios. Debería figurar en manuales como muestra de cómo no se deben escribir reseñas.

La mayor parte de la reseña libra batalla contra una monstruosidad crítica difícilmente identificable para el lector por la vaguedad alusiva del lenguaje utilizado, que, sin embargo, se vuelve a veces muy tajante e irritado.

Rechazo lo de "cierta crítica literaria" por ser una expresión insinuante y porque el argumento aducido —"otorgar a la relación vida-poesía un valor literario"— falsea mi criterio. El enfoque "tradicional" que se me atribuye descuidaría, "generalmente, lo que el texto mismo quiere transmitir". Como la autora de la reseña se declara partidaria de "los estudios críticos que parten de un análisis directo de la obra", veamos ahora cómo practica ella ese método "directo".

Al concretar la autora de la reseña las causas de su irritación, el lector se entera de ciertas "exageraciones" de mi "rigor biográfico": "en la página 14 se dice que «a partir de los años ochenta» la actividad poética de Machado empieza a ser importante. Se menciona a los jóvenes con los que se reúne y se da a entender que son un grupo de lucha, casi como hombres, en busca de valores y de sus vocaciones artísticas. ¿Puede ser posible esta actitud en un niño? Porque Machado no era ni siquiera un adolescente; en 1885 contaba apenas diez años; en 1887, doce." Cosa realmente muy extraña; por lo tanto busqué la página 14 en mi libro y encontré cosas algo diferentes: "A partir de la segunda mitad de los años ochenta, Manuel y Antonio formaban parte de un grupo de jóvenes artistas muy alegres y de espíritu emprendedor. Jugaban juntos a la pelota y su afición principal era el teatro". Nada de "lucha" ni de "valores", ni mucho menos de la importancia de la "actividad poética" de Machado, sencillamente porque tal actividad no existía. Como digo más

adelante —y no es ningún descubrimiento extraño—, Machado escribió sus primeros artículos a los 18 años y sus primeros poemas conocidos a los 23. ¿Es posible que mi rigurosa crítica haya utilizado una edición pirata y “enmendada” de mi modesta obra?

Hay más. La autora descubre contradicciones en mi libro. Pero yo veo contradicciones y confusión en la reseña. ¿Qué contradicción existiría entre la eficacia de un organismo como era la Institución Libre de Enseñanza y su ineficacia en la democratización de la cultura —a escala nacional, se entiende?

Si ofrezco, acerca de Darío, una “visión muy completa” y “distinta de la que nos tienen acostumbradas”, ¿cómo puede parecer esa visión “tradicional”, señalando tan sólo “aspectos externos” e “ignorando” rasgos fundamentales de la obra dariana?

La “autenticidad biográfica” del símbolo de la fuente en Machado ¿por qué habría de estar en contraste con estas palabras: “Ni siquiera los principales representantes del simbolismo se expresaron siempre en símbolos puros, sino a través de una serie interrelacionada de grupos nominales, imágenes, símiles, metáforas, alegorías y formas transicionales que expresan... la complejidad de los fenómenos?” Es absolutamente incomprensible que, en esa última cita, ¿qué “espíritu” dañino se manifestaría y “privaría” en la segunda parte de mi libro? Porque la explicación que ofrece la reseña es un error muy gordo de lectura: “si a ella [a la cita anterior] aunamos la siguiente opinión de Horányi, se verá aún más claramente lo que se persigue, así como la formulación del método empleado: El examen de los poemas se hace con la «intención de penetrar en el secreto de las cosas, de mostrar su polivalencia, de hacerlas hablar»”. La autora de la reseña me reprocha esta frase confesando en la nota 13 (¡apariencia de exactitud!) que se ha “permitido citarla” a pesar de que la utilizo “en otro contexto”. Lo fatal es que esta frase, archiconocida en sus variantes francesas y machadiana, no se refiere al “método empleado” por mí, sino que expresa un objetivo “perseguido” por los poetas simbolistas. Y aunque fuera un objetivo perseguido por “cierta crítica literaria”, ¿por qué sería ilícito “tratar de penetrar en el secreto de las cosas”?

Mi crítica se extraña de que yo hable “de la dramática monotonía del fonema *a*” y confiesa que “es la primera vez” que encuentra “referencias al carácter dramático de un fonema”. Yo no hablo, desde luego, de la connotación dramática del fonema *a* como fonema, sino de una función especial que desempeña ese

fonema en un contexto determinado por ser cuatro veces repetido. Sé muy bien que "lingüísticamente los fonemas son rasgos distintivos del lenguaje", pero quiero recordar que los poetas sabían desde tiempos inmemoriales —o por lo menos desde Dante: *Morta è la donna tua ch'era sì bella*— que cualquier elemento del idioma puede desempeñar, en determinadas circunstancias, una función expresiva diferente de lo usual.

La extraña y malintencionada imaginería de la autora de la reseña podría ilustrarse, entre muchas otras, por la afirmación de que "*Las Soledades* le [me] obligan a hablar de su «carácter intimista», opuesto desde luego al progresista". ¿Por qué había de "obligarme", si la interpretación de ese intimismo era uno de mis evidentes objetivos, y por qué se me atribuye el crimen de oponer el "carácter intimista... al progresista", si tal oposición no se encuentra en mi obra y si nunca hablo de poesía "progresista"?

Una de las ideas principales de mi libro es que la poesía de Antonio Machado no es estática, sino que sufre cambios y muestra una "transformación gradual de la actitud poética y filosófica de la soledad, porque la concepción ya inicialmente problemática deviene insostenible" (p. 150). Hablo del "proceso de la lenta realización en la poesía de Machado de los principios expresados en la crítica de *Arias Tristes*" (p. 150). Es decir, como se desprende de mis "conclusiones", no hay rasgo en *Soledades* de ningún tipo de militancia. Encontramos solamente gérmenes de un viraje posterior "del mundo interior de la conciencia hacia el mundo exterior" (p. 150). A la luz de estas ideas resulta difícil comprender por qué se me hace calificar al autor de *Soledades* de "activista", "progresista", y de "avanzada ideológica" —expresiones que nunca utilizo en mi libro, porque serían inexactas—, y luego se me censura por ello.

"Para no caer en la excesiva parcialidad", la autora declara que "la visión del analista es a menudo muy aguda". Estimulado por este elogio nada desdeñable, he tratado de utilizar mi "agudeza" en descifrar el enigma de una lectura tan oblicua de mi libro. Como resultado del incómodo rompecabezas, pienso que la condición mínima para escribir reseñas aceptables sería la de saber leer e interpretar correctamente —a fuerza de comprender—, y no sólo partir directamente del texto, y menos aún alejarse demasiado de él.

Comentando algunos puntos "incierto" —llamémosles así—

de la reseña, he querido demostrar que estoy plenamente de acuerdo con el principio que sirve de norte a su autora: Es "inadmisible que... se imponga al texto una visión apriorística". Sin embargo, me parece que estas palabras deberían ser una advertencia no para mí, sino para la autora de esta crítica "inadmisible".

MÁTYÁS HORÁNYI

Budapest.